

10 MARZO

Jamás olvidaré el día en que estaba caminando sola por Londres y ví a un hombre sentado que parecía terriblemente solo. Me acerqué a él y le estreché la mano. Y él exclamó: «Ah, después de tanto tiempo, ésta es la primera vez que siento el calor de una mano humana». Y entonces, su rostro se iluminó. Se había convertido en alguien distinto. Había sentido que alguien le necesitaba, alguien a quien de verdad importaba. Hasta aquel momento, yo no había comprendido que un acto tan pequeño pudiera ser motivo de tanta alegría.